

ÍNDICE

| | |
|---|----|
| Introducción | 7 |
| SECULARIZACIÓN Y MODERNIZACIÓN | 13 |
| Introducción..... | 13 |
| Secularización | 14 |
| Secularización y laicismo: Europa y Estados Unidos | 16 |
| La Revolución norteamericana..... | 19 |
| LA TEORÍA SOCIAL DE LA SECULARIZACIÓN..... | 29 |
| La secularización a debate..... | 30 |
| Pluralismo religioso y relativismo | 31 |
| La ausencia de estudios empíricos..... | 32 |
| ¿Una religión fuera de la religión? | 34 |
| RELIGIÓN Y GLOBALIZACIÓN..... | 37 |
| La globalización cultural | 37 |
| Las religiones del mundo, del conflicto al diálogo interreligioso | 39 |

| | |
|---|----|
| La corrupción de lo mejor es la peor..... | 43 |
| LA NO SECULARIZACIÓN DEL MUNDO..... | 47 |
| La Encuesta Mundial de Valores (WVS)..... | 47 |
| LOS PAÍSES DE CADA REGIÓN..... | 63 |
| La religiosidad a nivel planetario | 63 |
| SEMLANTE DE LA POBLACIÓN RELIGIOSA | 75 |
| Características sociales..... | 75 |
| Anexo | 82 |
| Conclusión | 87 |
| Apéndice | 95 |
| Primera parte | 95 |
| Segunda parte | 97 |
| Tercera parte | 98 |

INTRODUCCIÓN

Nuestro entorno cultural más inmediato corresponde al de una sociedad altamente secularizada en la que la religión ocupa cada vez menos espacio social. Su escasa presencia en la sociedad civil lleva a su progresiva privatización o reducción de la religión al ámbito privado. Y, a pesar de que, teóricamente, la laicidad beneficia a las confesiones religiosas con una mayor especialización y profundización de su cometido sagrado, la realidad es que, en no pocos países de esta parte del viejo mundo, las iglesias quedan vacías, el clero disminuye drásticamente y se reduce el tiempo y el espacio que los individuos dedican a la religión ante lo que consideran otras necesidades más apremiantes.

Pero, basta una mirada menos provinciana y más descentrada al planeta para descubrir todo lo contrario. Desde un punto de vista planetario, la religión sigue gozando de plena salud. Así lo confirma la mayoría de las estadísticas que no extrapolan nuestra situación

excepcional a la geografía religiosa universal. Sólo desde un concepto simplista de la globalización, como una nueva colonización lineal o macdonalización del mundo, podría afirmarse que vivimos en un mundo secularizado.

La teoría social del consumo nos dice que “consumimos ideas y, mediante ellas, productos”. Consumimos símbolos de posición social (*status symbols*) y, con ellos, estilos de vida. Pero, para ello, es necesario que su apropiación colectiva tenga un terreno abonado: la seducción universal de un pensamiento único, creado por la exportación universal de bienes, servicios y capitales especulativos por parte de unos pocos núcleos expansivos.

Otro punto de vista, igualmente simplista, concibe la globalización, tras la caída de la cortina de hierro y el triunfo final del capitalismo de mercado, como un choque de civilizaciones (Samuel Huntington 1993). La caída de las torres gemelas de Nueva York en 2001, la tragedia de los trenes de cercanías de Madrid el 2004 y la explosión de las bombas del metro y el autobús de Londres al año siguiente, parecerían confirmar estos males augurios. Sin embargo, el terrorismo de cuño religioso llevaba más de medio siglo golpeando otros países y regiones del planeta. Pero, como siempre, sólo se hizo visible cuando irrumpió en occidente.

Este ensayo de divulgación rechaza ambos extremos. A pesar del tipo dominante de globalización actual, económicamente neoliberal y políticamente neoconservadora, la globalización, como fenómeno total, es más compleja y sus resultados imprevisibles. Así como nadie predijo la caída del muro de Berlín, a todos ha sorprendido la actual rebelión juvenil contra las tiranías de los países árabes desde Argelia a Siria, obligando

a las grandes potencias a repensar sus relaciones anteriores con déspotas y criminales.

Así, pues, como fenómeno cultural, la globalización crea sus propios anticuerpos y, de la misma manera que todo poder crea su contrapoder, por todas partes surge la resistencia numantina a favor de las propias identidades étnico-culturales, amenazadas por este nuevo intento de colonización lineal, por parte de las empresas multinacionales, sus constantes fusiones y el predominio de capitales especulativos. El gran reto de las democracias actuales es su connivencia con sociedades plutocráticas minimizando el papel regulador del Estado.

Definimos la globalización cultural como la nueva conciencia de vivir en un solo mundo, conscientes, más que nunca, de su pluralismo y diversidad. Y, a pesar de la ambigüedad de sus logros amplificados por los potentes medios de comunicación, todavía hay quienes confían en el diálogo en pie de igualdad entre las culturas, su enriquecimiento mutuo a partir de sus diferencias y la construcción de nuevas sociedades abiertas a la alteridad y al pleno reconocimiento del otro.

El reto de la globalización actual es la realización personal en la alteridad, superando, no sólo la presencia de formas sutiles de xenofobia o de mera tolerancia del extranjero como extraño, lo que equivale al cierre de las sociedades y su repliegue suicida. Sólo el diálogo intercultural, como una comunicación sin las distorsiones del poder económico, puede salvarnos y salvar al mundo, y resolver progresivamente los conflictos permanentes, inherentes a cualquier convivencia, ahora planetaria.

Desde un punto de vista social, la religión es un hecho eminentemente cultural. Forma parte esencial de

las más primitivas visiones del mundo y es el subsuelo de las grandes civilizaciones de las que provenimos. Las religiones inspiraron nuestra ética colectiva más exitosa y aquellos valores irrenunciables que han cosechado la mejor tradición y sabiduría de nuestros antepasados, por más que estas fuentes estén muchas veces ocultas. El mensaje común de las religiones, a pesar de los desvaríos pasados y presentes de quienes son o se creen sus portadores, llevan a la reconciliación y a la paz entre los seres humanos sin distinción de raza, lengua o sexo. Fieles a sí mismas, son fuentes de sentido y sensibilidad humana, siempre que resuelvan su mayor dilema, predicar un lenguaje antiguo a una realidad siempre cambiante. Por supuesto que, además de las religiones, hay otras fuentes de sentido y de espiritualidad. Pero, prácticamente, todas ellas hunden sus raíces en un pasado religioso, a veces olvidado o denostado.

El mensaje primigenio de las grandes religiones del mundo, como las civilizaciones que han engendrado, combina sabiamente la vocación universal del ser humano y su singularidad, sacralizándola. Es cierto que las religiones no pueden sustraerse a los avatares de la historia y la cultura que las contiene, a veces acomodándose excesivamente a su entorno social hasta traicionar su mensaje, a veces encerrándolo en una fortaleza defensiva, convirtiéndose en guetos inexpugnables e insensibles al mundo que los rodea. Las organizaciones religiosas también pueden pervertirse, desvirtuar su mensaje y, como los políticos mezquinos, traicionar a su electorado (a sus fieles, en este caso). Al fin y al cabo, también son instituciones sociales y, en este sentido, no caen del cielo. Por esto, sus aciertos y errores provienen, no tanto de sí mismas, como de

la sociedad que las contiene y en las que se insertan. Así pues, como todas las instituciones sociales, sólo influyen en la sociedad en la medida que antes han sido influídas por ella. Es lo que sucede con los poderosos medios de comunicación que sólo amplifican las ideologías y valores dominantes de nuestras sociedades, aunque también pueden, con un esfuerzo titánico, criticarlos y hacernos soñar en un futuro menos trivializado, sin temor a perder audiencia. Por esto, existe una sociología dialéctica de los media, paralela a una sociología, igualmente compleja, de las religiones. Las religiones están llamadas a esta autocritica constructiva con una ventaja, ya que, para ello, cuentan con una experiencia milenaria.

Hay una distorsión anacrónica cuando se juzgan los errores del pasado a partir de los valores presentes, al margen de una historia de las mentalidades y del frágil proceso de ensayo y error de toda tradición, incluida la religiosa. En suma, las iglesias y otras organizaciones religiosas menos piramidales, si quieren perpetuarse en el tiempo, tienen que adaptar su doctrina a las situaciones cambiantes, para hacerla creíble. De lo contrario, se convierten en sectas destructivas.

En cualquier caso, como veremos, la mayoría de los habitantes del planeta se debaten entre tradición y modernidad, quizás porque su instinto de trascendencia, a pesar de todos los falsos reclamos de una globalización materialista, sigue manifestándose religiosamente. El resultado, por más sorpresivo que parezca, es que vivimos en un mundo no secularizado, a pesar de ciertas excepciones. Algo tanto más difícil de aceptar, cuando la excepción podríamos ser nosotros. Trataremos de probar esta afirmación con un lenguaje sencillo y comprensible, más allá de la jerga académica y científica.

SECULARIZACIÓN Y MODERNIZACIÓN

INTRODUCCIÓN

El imaginario colectivo sobre la secularización es el de un proceso, en teoría, ilimitado, que avanza a medida que las sociedades se van modernizando. Este simple enunciado, supuestamente de sentido común, ha suscitado una gran polémica en las ciencias religiosas y, especialmente, en la sociología de la religión que, desde la década de los sesenta del siglo pasado, hizo de esta cuestión su tema nuclear, hasta su rechazo por parte de la mayoría de sus más acérrimos defensores a finales de siglo, coincidiendo con la caída del muro de Berlín, la nueva etapa de la globalización y el diálogo intercultural.

En este ensayo intentaremos dar pistas para descifrar la complejidad de lo que, comúnmente, se entiende por secularización, modernización y la teoría social de la relación entre ambos procesos, para superar, finalmente, su reduccionismo en la etapa actual de

mundialización. Para ello, tendremos que sortear dos importantes escollos: la polisemia del término secularización y el sesgo eurocentrista de los conceptos de modernidad y modernización. Después de analizar la compleja relación entre estos términos y la llamada teoría social de la secularización, señalaremos algunos importantes huecos de su base empírica, corroborando con algunos datos de la Encuesta Mundial de Valores (WVS, en sus siglas en inglés) la permanencia y vitalidad de la religión a nivel planetario, con algunos matices.

SECULARIZACIÓN

“Secularización” es un término equívoco y multidimensional que se ha prestado a múltiples usos y significados y, en la historia occidental, ha servido para legitimar situaciones tan diferentes como la separación de la Iglesia y el Estado, la privatización de la religión o la adaptación de las iglesias al mundo moderno. Desde la primitiva Iglesia cristiana que distinguió entre Dios y el César, hasta la crítica de los ilustrados a las religiones históricas, los avatares de ese término requieren un esfuerzo de discernimiento. Sobre todo, cuando se concibe la secularización como un proceso llevado a cabo por las mismas religiones, como recalcan los amplios tratados de Weber, desde la magia a las grandes religiones del mundo.

La etimología de un término complejo

1. La raíz del vocablo secularización proviene del cristianismo primitivo. *Saeculum* es la traducción latina del término griego *aion*, que significa el tiempo de un mundo que, aunque creado por Dios, goza de plena autonomía.

2. En la Edad Media, el término se usa en un sentido concreto, para distinguir el clero secular, sujeto al obispo diocesano, del clérigo regular de las órdenes religiosas que, jurídicamente, sólo dependen del Papa.
3. En el Renacimiento, tras la paz de Westfalia, la palabra secularización se refiere a las leyes de amortización o transferencia de las propiedades de la Iglesia al Estado.
4. Este concepto pierde su neutralidad en la Ilustración y se convierte en el programa ideológico de los enciclopedistas franceses y los filósofos ilustrados.
Definimos objetivamente la secularización como un declive de la religión y su pérdida de peso político, social y cultural en algunas sociedades occidentales.
 1. Desde un punto de vista político, la secularización se refiere a la separación entre la Iglesia y el Estado dentro de un largo proceso histórico que, desde el culto a los emperadores romanos a los actuales estados aconfesionales, la relación entre el poder espiritual y el poder político ha pasado por múltiples avatares, hasta la diversidad actual de los modelos de relación entre ambas instituciones.
 2. Las religiones pierden peso social, debido a un modelo histórico del cambio histórico como diferenciación de las instituciones sociales y especialización de sus funciones. Como consecuencia del mismo, las iglesias van perdiendo muchas de sus tareas tradicionales y se especializan en realizar más eficientemente su función específica: el culto, la evangelización y la moralización de la vida.
 3. Finalmente, la secularización tiene que ver con la cultura, el olvido de la tradición, sus raíces religiosas y el cambio de valores en las sociedades hipermodernas y programadas, en las que las relaciones

sociales se institucionalizan progresivamente y dejan poco espacio a las relaciones informales. Este paso histórico de la sociedad tradicional comunitaria a la actual sociedad contractual amenaza el lenguaje comunitarista de las iglesias.

El reverso de esta secularización estructural es la secularización subjetiva, que corresponde al lugar marginal que la religión ocupa en la conciencia de los individuos, incluyendo a los creyentes. De tal modo que la religión retrocede en la conciencia colectiva de una sociedad programada, donde la libertad se ve amenazada por la fascinación ante la carrera exponencial de la tecnociencia y la manipulación progresiva de un mercado que convierte nuestras necesidades en deseos, contando con nuestra complicidad.

SECULARIZACIÓN Y LAICISMO: EUROPA Y ESTADOS UNIDOS

Algunos autores han subrayado la preferencia de los países latinos por el término “laicidad”, mientras que la palabra “secularización” es más usada en los países anglosajones, lo que responde a la tradición histórica de ambas regiones occidentales. Sin embargo, en el término “laicidad”, como fruto de una historia conflictiva entre las iglesias y el Estado, se desliza fácilmente al concepto programático de laicismo, como mera tolerancia a las religiones, sin tener en cuenta sus efectos positivos para la sociedad civil. Por contra, “secularización” es un término neutral y menos cargado ideológicamente.

Modernidad

El concepto de laicismo va unido a la modernidad, como el paso del antiguo régimen a la sociedad moderna. Su origen proviene del siglo de las luces,

cuando los enciclopedistas franceses y otros ilustrados equipararon las religiones históricas con formas de superchería y cuestionaron la Edad Media como la etapa oscurantista de la historia. Lo que no impidió su creencia en una religión natural, alcanzable por la razón, sobre un Dios creador y providente que premia a los justos y castiga a quienes conculan sus leyes. Por esto, la Revolución francesa, que llevaría a la práctica la ideología de la ilustración, no se hizo contra Dios, sino contra la Iglesia.

Según los ilustrados, las luces de la razón acabarían por disipar las tinieblas de las religiones positivas. Su creencia en el progreso lineal y acumulativo de la razón suponía, a corto término, el paso de las religiones históricas a su extinción. Algunos incluso pusieron fecha a su desaparición al final del siglo xix. Hoy, después de un siglo de la proclama de Nietzsche sobre la muerte de Dios, sabemos que su profecía no se ha cumplido. Es más, el siglo xix, en plena expansión del laicismo, fue también el del mayor esplendor de las órdenes religiosas y su labor misionera. El laicismo de los ilustrados formó parte del programa político de la Revolución francesa, que sustituyó el poder de la nobleza y el alto clero por la naciente burguesía. Su ideología se extendió por la mayor parte de los países europeos, frente a las ideas conservadoras y reaccionarias. El laicismo, sobre todo en la historia moderna de Francia, fue más allá de la conquista del Estado aconfesional y la libertad religiosa, tratando de devaluar la religión y fomentando un patriotismo republicano imbuido de prejuicios antirreligiosos, mientras que, en otros países, el liberalismo sólo se redujo a la separación entre el poder político y la religión y la libertad de cultos, respetando exquisitamente la presencia de la

religión en la sociedad civil y en la cultura. De modo que, históricamente, laicidad es un guarismo opuesto al término laicismo, lo que nos lleva a señalar la diferencia de matiz entre ambos conceptos, su posible contagio e, incluso, su oposición militante.

La laicidad lleva al laicismo cuando se persigue la presencia de la religión en la sociedad civil, privatizándola, cuando el científicismo exilia la religión y cuando, en contra del respeto a las creencias de cada cual, surgen movimientos proselitistas, sin respetar las mayorías o minorías religiosas. Por contra, algunos países, tradicionalmente laicistas, han terminado por reconocer la contribución ética de las iglesias al bien común, a la paz social y la solidaridad, frente al individualismo y la falta de participación en la sociedad civil y en la esfera política.

En la Revolución francesa, cuando se llevó a cabo el programa de los enciclopedistas, sus ideas sólo habían calado en las élites intelectuales y la parte más ilustrada de la burguesía, mientras la alfabetización no había llegado a la gran mayoría de las clases populares que todavía vivían en una situación de cristiandad.

En el curso del siglo xix, llamado el siglo de las ideologías, una minoría de la pequeña burguesía acompaña las primeras organizaciones clandestinas que luchan por sus derechos sociales más elementales. Paliada, parcialmente, su opresión por las primeras asociaciones pías nacidas a la sombra de las iglesias, la clase obrera empieza a tomar conciencia de las causas económicas y políticas de su situación desesperada. Más de un siglo de lucha de clases llevará al laicismo de la burguesía hasta sus últimas consecuencias. El siglo xix verá el nacimiento de una izquierda política

que debe definirse sobre las luchas obreras. Así nacen el socialismo, el comunismo, el marxismo y el anarquismo, como ideologías que sustituyen a la religión y que llevan a sus últimas consecuencias el programa laicista de la Revolución francesa. No obstante, a finales del mismo siglo, para escándalo de la burguesía y la mayor parte de las clases medias, por lo general, cristianas, la encíclica papal de León XIII, *Rerum Novarum* (1891) sienta las bases de la doctrina social de la Iglesia romana y marca las pautas de los primeros partidos cristianodemócratas. Por su parte, en las iglesias protestantes surge el llamado “evangelio social”, relacionado con el origen de un ecumenismo que, con el tiempo, llevará al compromiso religioso por la liberación social de las clases oprimidas.

Pese a estos esfuerzos, las iglesias llegan tarde y, al final de la Segunda Guerra Mundial, se dan cuenta de que han perdido la clase obrera. La Iglesia católica francesa declara Francia país de misión y la renovación de su pastoral lleva a la primera experiencia de los llamados “curas obreros”, que se expandirá a otros países de Europa. En Bélgica nace el primer movimiento de la Juventud Obrera Cristiana (JOC), al que seguirán otras asociaciones religiosas obreras.

LA REVOLUCIÓN NORTEAMERICANA

El mismo ideario ilustrado de la Revolución francesa ya se había aplicado en la independencia de Estados Unidos, el primer modelo de las democracias modernas. Pero, al tratarse de una guerra de descolonización, no tuvo el mismo impacto que aquélla. Más bien fue un grito de alerta a las metrópolis europeas que trataron de sofocarla sin éxito y fue un precedente de las guerras de liberación de las colonias suramericanas.